



→ NUESTROS LITERATOS. ←

ANICETO VALDIVIA.

(CONDE KOSTIA.)

Vedlo. Indiferente, desdeñoso como crítico ante la incurable maldad teatral que ha corrompido el buen gusto.

Poeta en verso y en prosa, ahora todo lo desprecia y no ama más que el amor.

Este Pablo de la prensa ha encontrado su Virginia: la felicidad ha llegado á su puerta, ha llamado recio, y ha conseguido dar nuevos alientos á su fantasía creadora.

Hoy, alentado por la Musa de la Esperanza, reanudará su catálogo de victorias literarias en la escena y en el libro.

EL FÍGARO saluda á uno de los más denodados y originales combatientes de nuestra campaña intelectual.



SUMARIO.

TEXTO: TRIQUINUELAS, por César Cancio.—Mi francesita, poesía, por Francisco Hermida.—En un álbum, poesía, por Nieves Xenes.—«La rabona» tipo sud-americano, por Eloy Perillán Buxó.—Confidencias, poesía, por Julián del Casal.—En cama, poesía, por Manuel S. Pichardo.—El recinto regenerado, por Antonio Escobar.—Una y basta, poesía, por Federico Villoch.—Humoradas, por Wenceslao Gálvez.—El carnaval, soneto, por A. F. G.—DESDE MI BOUDOIR, por Mlle. Ni-touche.—RETazos.—ANUNCIOS.
DIBUJOS: Aniceto Valdivia (*Comde Kostia*).—Francisca Carmona.—Un divorcio en juicio oral, (Meditaciones) por Torriente.

TRIQUINUELAS.

A los brillantes fulgores de la luz eléctrica y arrullado por una música alegre como risa de niño, comienzo esta crónica de carnaval persuadido de que hemos progresado ferozmente.

¡El paseo! ¡Los bailes! ¡Ah! todo ha sido magnífico y espléndido.

En el paseo no verían VV. aquellos lujosos trenes de otros tiempos, pero convendrán conmigo en que la gracia de las máscaras ha aumentado de una manera prodigiosa. Ahora hay más chispa que antes, porque la electricidad y el alcohol se han generalizado mucho.

Reunidos en el *Louvre*, viendo desfilar los peseteros y rocines, estábamos varios chicos de reconocido buen humor y, francamente, no cesábamos un instante de reírnos con los chistes de las máscaras y los ocurentes disfraces de algunos individuos de cerebro inédito.

Yo, que vengo de provincias, me quedaba, más que ninguno, asombrado de la gracia y del talento de las máscaras.

—Fíjate en aquel, me decía uno, ¿puede darse nada más chistoso?

—Efectivamente, no es posible.

El aludido iba montado en un camello joven de mirada altiva, y disfrazado con un grueso chaquetón, mugriento y asqueroso, pero muy bien cortado; un sombrero sin copa; unos pantalones de cotín, de lo más superior, y un pan amarrado al pezcuezo con unos cordones de calzoncillo.

—«¡Adiós!» «¿A que no me conoces?»—eran las frases que se oían á cada paso; pero dichas con gracia, naturalidad y soltura tales, que . . . soltábamos la risa franca y alegre que corría traviesa como los caballos de Mr. Tchigorine.

Había ginetes magníficos que no quitaban la vista de las orejas de la cabalgadura, y con los estribos hasta las pantorrillas, con una gracia desesperante. Hasta los hombres serios, que paseaban en los peseteros, tenían no sé qué cosa que atraían. Unos iban comiéndose las uñas y otros mascando *tutti-frutti*, como si tal cosa.

En fin, les digo á VV. que, en materia de paseos, no tenemos que envidiarle nada á ninguna nación. Aquí nos sobra el *esprit* para ponernos en ridículo una vez al año, ú dos, si esperamos peligro de muerte ó si hemos de comulgar.



Llevado de mi natural curiosidad entré en Tacón.

¡Qué espectáculo tan hermoso!

Vi una multitud de enmascarados que sin disfraz nadie los hubiera conocido, pero que con él todo el mundo sabía que eran unos tontos de capirote; vi algunos personajes de esos que creen que llenan un deber sagrado pasándose una noche en vela haciendo contorsiones acrobáticas y dando pisotones á derecha é izquierda, convencidos de que al compás de una música más ó menos voluptuosa y detrás de una careta de cartón se pueden cometer atrocidades y poner en descubierto la propia desfachatez.

Muchos de estos pasan una noche de *perros* haciéndose la ilusión de que se divierten.

Aferrados á la compañera como los náufragos al madero salvador, el entrecejo arrugado, la mirada torva, la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, el sombrero echado hácia atrás, el enmarañado pelo sobre la frente, chorreando sudor y con una horrible mueca en los labios, hacen el honor á Momo y no hay quién les convenza de que eso no es gozar ni cosa que lo parezca.

Las cosas de esta naturaleza, como me decía *Zerep*, se deben de tomar con más calma.

Bailar es muy agradable; pero cuando el baile se toma . . . como si se tomara una copa de aguarrás, haciendo en serio muchas muecas ridículas; golpeando los pies sobre el tablado, como el martillo sobre el yunque; haciendo los compases como los *zigs-zags* de un rayo y sudando como un berraco, francamente, señores, más que . . . diversión, es, y hagan el

favor de dejarme pasar esta metáfora, la mala digestión de un placer que no se ha rumiado lo suficiente.

Pero cada cual es dueño de ponerse en ridículo sin el permiso de la autoridad competente.

Y, con franqueza, sino fuera por los individuos que se comen las uñas y mascan *tutti-frutti*, el carnaval no tendría variedad ni razón de ser. Todo lo cual digo sin careta y sin disfraz, para que se entienda más claro.

CÉSAR CANCIO.

MI FRANCESITA.

No tiene alhajas mi francesita, pero es tan guapa y es tan bonita y tiene un cuerpo tan *v lan*, tan *puschustt*, de tal manera trasciende á Francia, que no la igualan en elegancia ni las clientes de Héléne Kossut.

¡Cómo resuena su taconeo en las baldosas! ¡Con qué meneo luce su talle de tentación! ¡Con qué airecito de aristocracia mira á los hombres, y con qué gracia frunce los labios ¡Mimi Pinsón!

¡No hay en el mundo mujer más linda! Pié de habanera, boca de guinda, *esprit* rociado de *veuve Cliquot*; talle de avispa, cutis de ala, ojos traviosos de colegiala como los ojos de Louise Theo!

Agil, nerviosa, blanca, delgada, media de seda, bien restirada, gola de encaje, corsé de *irac!* nariz pequeña, garbosa, cuca, y palpitantes sobre la nuca rizos tan rubios como el *cognac*.

Sus ojos verdes bailan el tango, nada hay más bello que el arremango provocativo de su nariz; por ser tan joven y tan bonita cual su sedosa, blanca gatita, diera sus joyas la emperatriz!

¡Ah! Tú no has visto cuando se peina, sobre sus hombros de rosa reina caer los rizos en profusión! Tú no has oído qué alegre canta mientras sus brazos y su garganta de fresca espuma cubren el jabón!

¡Y al despertarse, con qué alegría mira en su lecho lucir el día y hasta las nueve queda se está! ¡Cuál se acurruca, la perezosa, bajo la colcha color de rosa, mientras el día creciendo va!

La breve cofia de blanco encaje cubre sus rizos; el limpio traje aguarda encima del canapé; altas, lustrosas y pequeñas, sus puntas muestran las dos botitas, abandonadas del catre al pié.

Después, ligera, del lecho brinca, ¡si tú la vieras cuando se hincan blanca y esbelta sobre el colchón! ¿Qué valen junto de tanta gracia las niñas ricas, la aristocracia, ni mis amigas de Bolondrón?

Mimi se viste; luego almorzamos; con apetito los dos tomamos un par de huevos y un buen *beefsteack*, media botella de rico vino, y en coche juntos, vamos camino de nuestro gusto, y hasta después.

(Marzo, 89.)

FRANCISCO HERMIDA.

EN UN ÁLBUM.

(INÉDITA.)

Te conocí, niña hermosa,
Y por ti en el alma mía
Nació al punto, impetuosa,
Esa atracción misteriosa
Que se llama simpatía.

Por eso siempre que veo
Tu semblante sonriente,
Siento en dulce devaneo
No sé qué tierno deseo
De darte un beso en la frente.

De contarte sin temor,
En tu seno reclinada,
Los dulces sueños de amor,

Que olvidando mi dolor,
Aún acaricio extasiada.

No es extraño; eres tan pura
Y tan bella, que al mirarte,
Tu angelical hermosura
Llena el alma de ternura,
Y verte, niña, es amarte . . .

¡Que siempre buena y hermosa,
Seas de tu padre el consuelo,
Que sea tu vida dichosa,
Mientras tu madre amorosa
Te bendice desde el cielo!

NIEVES XENES.

LA RABONA. (1)

TIPO SUD-AMERICANO.



MAZONAS de Esparta; las que adelantábais al grueso de vuestros ejércitos para provocar al enemigo . . . dormid el sueño de la gloria!

¡Heroínas de Numancia y de Gerona, de Zaragoza y de Cádiz; las que desde lo alto de las murallas aterrásteis al audaz invasor . . . descansad en el Empíreo, donde moran los justos, y los mártires sacrificados en los altares de la Patria!

Vuestras descendientes están ahora en el mundo de Colón; son las indias que acompañan á aquellos soldados.

Son pobres, muy pobres; pero ¿acaso fué rica Juana de Arco, ni lució brillantes arracadas la inmortal Agustina?

Yo invoco esos nombres augustos, esas sombras gloriosas y veneradas por toda la humanidad, y cantadas por los poetas, para consagrar un recuerdo á las guerreras hijas de los Andes; á las infelices compañeras de aquellos soldados animosos, por cuyas venas circula el germen de todos los heroísmos.

¿Que me exalto, decís?

¡Ah, no; es que aquellas mujeres merecen algo más inspirado que mi prosa; merecen himnos como el de Mercadante, cuya mejor estrofa repiten en *quéchua* ó en *aymará* las *rabonas* sud-americanas: Aquella estrofa sublime que dice:

«*Chi per la Patria muore
visutto é assái;
la fronda dell allorc.
ne langue mai . . .*»

Y las indias cantan, en el delicioso idioma de *Manco-Cápac*, esto, que es pálida traducción de su triste favorito . . . (2).

«*No entres, no, corvo chileno (3)
en el pecho de mi indio . . .
descáminate, homicida,
y ven á rasgar el mio!*»

¡La *rabona*! ¿Cabe nombre más prosáico y vulgar, dada la estructura de nuestra lengua?

Y sin embargo, con este nombre y todo, ¿concíbese un sér más abnegado, más virtuoso, más ideal y adorable, que aquella débil criatura, que abandona el nativo *rancho* y la soledad de sus inaccesibles montañas, para vivir en los cuarteles; y tal vez para morir en los campos de batalla?

La *rabona* tiene siempre la misma historia; su génesis y su biografía, siempre coinciden, así preguntéis á diez, á ciento, á mil de ellas, buscando alguna diferencia, que no encontrareis.

Es la india prometida del indio. Viene la leva; arranca de las grietas de los Andes á todos los pastores, chacareros y peones que necesita; les convierte en soldados; y por cada hombre que recluta, tiene que llevarse una mujer que le sigue, primero llorando como una Magdalena; á los pocos días, resignada y sonriente como un ángel de consuelo.

Detrás de aquella pareja enamorada que se dispone al sacrificio, quedan los viejos que suspiran, los rebaños que balan llamando á sus guardadores; una choza pajiza y solitaria, y un plantío que se agostará ó será destrozado por las *llamas* cargadas de metal, ó por las *vizcachas* roedoras, que hallarán su botín en el huerto abandonado.

Entra el indio en el cuartel, recibe allí su equipo, y la dócil *rabona* improvisa un hogar con algunos palitroques, y una *frizada*, que por la noche es el cobertor del tálamo conyugal.

Desde entonces, la compañera del soldado tiene que multiplicar sus labores; guisa, barre, cose, plancha, limpia las armas de su *cholo*, recoje sus haberes, asiste á sus ejercicios; y en cuanto hay orden de emprender una marcha, carga con todo aquel ajuar, formando el *quipo* que se echa á la espalda . . .

A las veces el *quipo* es tremendo, abultado y pesadísimo; en él entran, el colchón de la cama, la vajilla para los guisos, una mesa, un taburete, la ropa del militar, los palitroques del tenderete, la despensa más ó menos abundante . . . y si la *rabona* tiene un par de cuchillos, también éstos van revueltos en el *quipo* de campaña.

Los jefes de los cuerpos armados, saben ya que las órdenes de marcha y el itinerario del batallón, han de darse á las *rabonas* antes que á los soldados.

Enteradas ellas, alistan sus trebejos en un periquete; ayúdanse unas á otras, repartiéndose buenamente la carga, y salen del cuartel algunas horas antes que las tropas expedicionarias.

Ellas marcan la distancia de cada jornada, y escoljen á su gusto el sitio que mejor les parece para que descansen ó pernocten los hijos de la guerra; cuando éstos llegan á la *pasana*,

(1) Con este artículo nos favoreció su autor pocos días antes de su muerte.—*N. de la R.*

(2) *Triste*: canto melancólico de los indios en el alto Perú.—*N. del A.*

(3) *Corvo chileno*: puñal de hoja curva, usual en Chile.—*N. del A.*

todas las cocinas humean, y junto á cada cocina hay un lecho. El amor ha hecho aquellos prodigios de actividad.

Pero no es en tales momentos cuando más resalta la sublime fidelidad de la pobre *rabona* . . .

En el fragor de los combates es donde su voz alienta al soldado, mil veces más que las marchas guerreras de bandas y clarines.

La india habla al corazón de su compañero; recordándole el premio de las batallas; el laurel de las victorias, la *chacarita* de aquel pajizo *rancho* donde nacieron y se amaron; la limpieza de aquel cielo cuyo manto rasgan los penachos de los volcanes encendidos; primavera de la vida y esperanzas de la felicidad.

Y el indio se bate como un león, mientras escucha aquella voz hermana que es para él mandato del cielo.

Si le hiere el plomo enemigo ¿qué falta hacen allí médicos, ni practicantes, ni camilleros de esa bendita institución que se llama la *Cruz-Roja*?

La *rabona* se adelanta á todo y á todos; apoya en sus rodillas la cabeza del herido, y apronta vendas y ligaduras; restañando con sus labios la sangre que quiere correr, para llevarse los alientos del desventurado *cholo*.

Si éste muere, la que ha sido su esposa, su hermana y su acémila, queda allí, al pié de su cadáver, desafiando con sus arranques de valor las iras del enemigo.

Cuando las *rabonas* corren hácia atrás, desesperadas y llorosas, la derrota de los suyos es inevitable . . .

Los generales más experimentados en las guerras sud-americanas, temen cien veces más el pavor de las *rabonas* que la indecisión de sus batallones.

En cambio, cuando la victoria dá la cara, y el enemigo está vencido, no preguntéis quién ha sido el primero en ocupar las posiciones tomadas, la población sitiada, ó la trinchera perdida por los derrotados: antes que los soldados, entran allí las *rabonas*, para destrozarse los restos de la fuerza vencida, ó para clavar los cañones, ó para armar sus tenderetes y acomodar sus cachivaches.

ELOV PERILLAN BUXO.

CONFIDENCIA.

—¿Por qué lloras, mi pálida adorada,

Y te alejas adusta de mis brazos?

—Una idea me tiene torturada

Y siento el corazón hecho pedazos.

—¿Dímela!—¿No te amaron en la vida . . . ?

—Nunca!—¿Por qué no hablas con franqueza?

—Pues oye: sólo tuve una querida

Que me fué siempre fiel.—¿Quién?—La Pobreza.

(Marzo, '89.)

JULIAN DEL CASAL.

EN CAMA.

Aquí me teneis enfermo entre estas cuatro paredes; mas no se asusten ustedes, porque no es rabia ni muermo.

Es un dolor, de esos que hay que no hay Dios que los aguante; ¡y que me duele bastante!

¡Que si me duele! ay! ay! ay!

Dolores endemoniados que doble me hacen sufrir, porque ni puedo decir: dolores . . . de mis pecados.

El hígado se inflamó sin que yo culpa tuviera. ¡Si sigue de igual manera, me lo corto, y se acabó!

Para colmo de desgracia, tanto menjurje me han dado, que mi alcoba se ha trocado en trastienda de farmacia.

Unas píldoras chiquitas, pero de sustancia amarga; tantas son, que ya me carga estar comiendo bolitas.

Una limonada. Nada, un refresco, me direis; pues, hijos, no lo penseis; ¡purgante es la limonada!

¡Cielos, cuánta medicina! y todas de *uso indicado*.

¡Me tienen tan embromado, que ya estoy tragando quina!

Pero lo que yo más siento, francamente, es no tener á mi lado una mujer que me alivie el sufrimiento.

Una enfermera, que con afecto dulce y humano, me remedie, con su mano, el cuerpo y el corazón.

(Marzo 15.)

Que todo lo haga sin tasa, y me diga: «¡cielo mío!» me tape, si tengo frío, y que maneje mi casa.

Son aquí mis enfermeros, Villoch, Cancio y Catalá, enfermeros hasta allá que para curar son fieros.

¡Qué trinidad me ha caído!

Catalá se distraía, Villoch, quintillas hacía, y Cancio, *tiempo perdido*.

Uno miraba hácia arriba, otro en su libro pensaba, y el otro le improvisaba versos á una lavativa.

Jacobsen me recetó un emplasto y una untura; solícita á hacer la cura, la trinidad se ofreció.

Y me pusieron—desliz de una ignorancia sencilla—la untura en la rabadilla y el emplasto en la nariz.

¡No saber qué es un emplasto es una calamidad!

¡Jesús, qué inutilidad!

¡Vayan los hombres al trasto!

¡Así, señores, estoy!

De un modo, que si me vieran, tal vez no me conocieran.

«¡Lo que va de ayer á hoy! . . .»

Me prevengo por si acaso, que ya sé lo que me cuesta; vamos, que si salgo de esta, seguramente me caso.

Una mujer que se ama lo cura todo á mi ver.

¡Qué falta hace una mujer cuando uno se halla en la cama!

MANUEL S. PICHARDO.

UN ADULTERIO EN

STACIO



ACUSADA.
¡Decididamente no sé donde tenía la cabeza! Un hombre chato, tuerto y con unas orejas!.. Y además un gallina. Cuando entró Manso fué á esconderse en el forro de catre de la criada..
¡Otra vez!...



ACUSADO.
¡En buena me he metido, carambola! Como si no hubiera solteras ó viudas! ó casadas con maridos tolerantes! Fíese V. de los apellidos!
¡Otra vez!..



ACUSADOR.
¡Mi esposa, la madre de mis hijos perdida para el hogar! ¡Y qué voy ganando yo con todo este ruido? Nada, si todo lo he perdido. ¡Y ella que me llamaba Mansito!.. ¡Qué me faltaba! He sido un borrico!
¡Otra vez!....



FISCAL.
Haré todo lo que pueda porque les apliquen el maximun. Tengo mujer 30 años más joven que yo y me conviene que se convenza de que en esta clase de negocios soy incorrupto ¡Ejem!



RELATOR.
Si este hombre hubiera leído á Quevedo, como yo, como yo se vengaría. Quevedo dice:... *si la mujer es buena, comunicarla con los prójimos, es caridad; y si es mala, es alivio propio.*



ALGUACIL 1.º
Si esta Señora que parece tan formal, ha engañado á su marido, digo, digo ¡la mia que es tan alegre! ¡Mucho ojo Rodríguez!



UN VENENOSO.
Si llego á conocer á esta señora antes que ese tipo, sería yo el acusado. ¡Psch! ¡Por qué no llegaría á tiempo? ¡Ay, y cómo me mira!....



UNA CRIADA.
Mis amos lo arreglaron mejor sin meter tanta bulla: cuarto aparte, vida aparte y.... lios aparte.



UN TUTTI FRUTTI.
¡Vaya unos abogados! Si yo lo fuera de la acusada diría al tribunal: Esto es meterse en la vida privada de las familias, en el sagrado del hogar doméstico, en.... como se llama, en....

Litografía é Impresión

ULTIMO JUICIO ORAL.

ACIONES.



PRESIDENTE.

¡Parece mentira que una hembra tan *chic*, haya aceptado un cómplice tan anti-venenoso! Porque como feo, lo es! ¡Nada, lo condeno!



MAGISTRADO 1°

¡Cómo de costumbre! ya me habia dormido. Y soñaba que mi mujer me habia sorprendido infraganti con Teclita, que también tiene cónyuge. ¡Dos acusadores! Adulterio por partida doble! ¡Qué descrédito para la magistratura!



MAGISTRADO 2°

¡Cómo me divierten estos lances! Por verles la cara á los acusados. He notado que las adúlteras tienen un ojo más pequeño que el otro y que los seductores son unos sinvergüenzas mayormente. A los maridos siempre les crece mucho el pelo.



GUACIL 2°

¡Pescas que llevu agualcil, he setenta y cinco adústeras. nuñcio! A mí non me pescan!



ABOGADO DE LA ACUSADA.

Si la condenan, adios de mis esperanzas. Me echará la culpa. ¡Y qué mujer, *gran Dío!* hasta le cae bien el banquillo de los acusados.



ABOGADO DEL ACUSADO.

A este imbécil no le salva ni el colejio de abogados en peso. ¡Es tan antipático! ¡Que se jeringue!



ABOGADO DEL ACUSADOR.

¡Está de Dios! Siempre he de defender maridos desgraciados. Desde que acusé á mi Balbina adquirí notoriedad. ¡Pobrecita Balbina!...



CODIGO PENAL.

ART. 448. El adulterio será castigado con la pena de prisión correccional, en sus grados medio y máximo.
El Tribunal condena á los adúlteros á la pena de 6 años de encierro.



ART. 450.
El marido podrá, en cualquier tiempo, remitir la pena impuesta á su consorte. En este caso se tendrá también por remitida la pena al adúltero.

Acusador.—¡Señor Presidente: yo les perdono!
Presidente (á los acusados)—Quedan ustedes absueltos ¡A la calle!



EPILOGO.

(En la calle.)
Acusador.—¡Ya lo ves, monona, te he perdonado!
Acusada.—Gracias, Mansito, yo procuraré no haccrlo más.

FRUTTI... bogados! Si... usada dirá... es meterse... de las familia... del hogar... como se llama...

EL RECINTO REGENERADO.

¡Sí, señores, regenerado. Ya el Recinto no es lo que era, gracias al gobernador de esta provincia. Antes era una cosa excesivamente pintoresca, aun- que inmoral—según se decía. Era el templo de la Venus negra, de la Venus parda y de la Venus amarilla con toques de color de chocolate. Allí se sacrificaba á estas tres deidades, casi en público.

Muchos echamos de menos aquello que—según el casto *Diario de la Marina*—era una «berruga»; muchos, aunque no todos figurásemos entre los sacrificadores.

El Recinto tenía sus modos, su estética, su lenguaje y su poética. Allí veríais peinados que no había en otra parte alguna; allí caras bronceadas y cruzadas por barras negras. Allí, nadie usó el zapato más que en chancleta. Allí, salían de gru- esos labios voluptuosos, legítimos del Congo, expresiones que la letra de molde no resiste, por desgracia, porque eran muy grá- ficas y tenían mucho color.

¿Y qué decir de aquellas mecedoras—una por morada—de aquellos peines, de aquellas tohallas, de aquellos mosquiteros— ¡jujo supremo!—entrevistos por los transeuntes? ¿Y aquellos lavados íntimos, valerosamente llevados á cabo en medio del arroyo, entre la hostilidad de los sub-calaveras de camiseta, y bajo la mirada protectora de la más tolerante, la más escéptica y la más bonachona de las policías?

Si yo hubiera sido el Sr. Rodríguez Batista, no hubiese «su- primido el Recinto», esto es, no hubiese tratado á las sacerdo- tisas del amor policrónico como nuestros católicos monarcas trataron á moriscos y judíos.

Yo hubiera puesto verjas en las esquinas extremas; y en las verjas este letrero: «Se prohíbe la entrada á las señoras, los sacerdotes y los menores de quince años.»

Pero se ha decretado el éxodo de las bellas y valientes sa- cerdotisas. Después el templo ha estado cerrado y silencioso algún tiempo. . . . Ahora está consagrado á algo que es de todo punto aburrido—la virtud.

Yo no sé si el señor gobernador va alguna vez por el Re- cinto. Yo paso por allí todas; y me atrevo á asegurar que en ninguna calle de Ambos Mundos se practica la virtud con tanta resolución; más digo, con tanta ferocidad.

Limosnas, cartillas piadosas, niños que no tiran piedras, máquinas de coser, cocina criolla. . . . ¡Oh, culto implacable de las verdades cristanas, en combinación con el aporreado de tasajo!

Pasais por la acera; y una voz os dice:

—¡Caballero!

Os volveis, creyendo que ha retoñado el tiempo viejo, y una venerable anciana, que está pelando un pollo, os dice:

—¡Caballero, no deje usted de santificar las fiestas!

Seguimos nuestro camino. Y un muchacho—no tocado aún de la afición al *base ball*—se aparta y

—Le dejo á usted la acera, porque hay que respetar á los mayores en edad, dignidad y gobierno.

Mirais hácia el interior de una casa. Y una joven apetitosa, limpia y que está bordando una petaca, os dice:

—¡Caballero, el amor fuera del matrimonio, es la condena- ción eterna!

Tanta virtud comienza ya á cargaros; y queriendo darle al vicio su legítima parte, os dirigís á un chino, que hace papalo- tes (virtuosos):

—Dime, chino, ¿dónde podría yo jugar á la charada?

El asiático—¡una virtud de Cantón!—se apresura á llamar á la pareja para denunciaros.

Entonces apelais á la fuga, y tropezais con una negra dulcera.

—¿Qué es eso?—os grita.—Si estaba así ¿para qué vino? ¿Por qué corren los hombres así? Ahora no estamos *nosotras* en el Recinto!

Casi os entran ganas de abrazarla. ¡Una víctima de la ex- pulsión y de la virtud! ¡Una *antigua mosquita*!

—¡Oh, sacerdotisa cesante!—le decís.—¿Qué ha sido de vosotras? ¡Ya se os acabó el vicio!

Y la negra os responde:

—¡Qué *va acaba*! Ahora hay más que antes; sólo que está *desparramao*.

ANTONIO ESCOBAR.

LA CRÓNICA.

Con el objeto de dar más variedad é interés á la crónica fes- tiva de este periódico, la escribirán, alternando, nuestros redac- tores Cancio y Catalá. Esto, si no se les ocurre á ustedes otra cosa.

¡UNA, Y BASTA!

Extraña ocurrencia, á fé, la que te ha dado José de presentarme á esa casa, porque eso ha sido una guasa que no te perdonaré.

Me aseguraste que un rato divertido pasaría, y entre gentes de ese trato no siendo algún mentecato nadie se divertiría.

Inauguró la velada la hermosa niña mimada que es de su madre el encanto y una artista consumada en el piano y en el canto;

pero que, en verdad, á mí sólo risa me causó, cuando observé que empezó cantando en tono de *si* y tocando en el de *do*.

Gracias la suerte dichosa que se le ocurrió una cosa al momento de empezar. . . Necesidad imperiosa cuando no pudo esperar.

Ganas de reír sentí cuando, al volverse, la oí decirme:—«Perdone usted.» ¡Pedirme perdón á mí que del caso me alegré!

Bien que en público se ostente quien con su mérito encanta; pero aquella impertinente, si aquella niña nos canta no queda uno que lo cuente!

Después, aquel descarado que se cantó aquella pieza con su tono acatarrado. . . ¡Por Dios que le hubiera dado con un *canto* en la cabeza!

El juego de prendas, luego, me dió mucho que temer; y estuve ya sin socio, (Marzo 13, 89.)

por lo que pudiera ser, siempre pendiente del juego.

Al empezar á bailar, como no encontré pareja, me fué la vieja á buscar, y me estuvo, sin parar, haciendo cuentos de vieja.

¡Qué! Me habló en un vals entero, de su perra, de su niña, de su escasez de dinero, de su reuma y de su riña diaria con el cocinero.

Cómo sufrí esa crueldad, Dios lo sabe solamente; que un hombre así, á la verdad, es capaz, por muy decente, de cualquier barbaridad.

Todos la atención llamaban; gente cursi y bullanguera, á un tiempo en tropel hablaban, y la delicia causaban de la vecindad entera.

Uno empezó á recitar, y cien bocas asesinas echaron luego á volar, *las oscuras golondrinas y los suspiros del mar*.

Del modo que recitaron lo imaginará el lector. Fué un degüello aterrador. ¡Dios mío! Crucificaron á Becquer y á Campoamor. . .

Si que fué ocurrencia, á fé, bien peregrina, José, el presentarme á esa casa. Aquello ha sido una guasa que no te perdonaré.

Cuando vuelvas por allí memorias más darás si te preguntan por mí; y esto te lo encargo á tí porque yo no vuelvo más!

FEDERICO VILLOCHI.

SANTOSVILLA.

ESTE distinguido amigo nuestro y escritor reputado, cuya firma en más de una ocasión habrán visto los lectores de EL FÍGARO en estas columnas, acaba de publicar un nervioso folleto que ha producido gran sensación en el público.

Titúlase *Los crímenes de la calle de Inquisidor*, y aunque escrito con el propósito de ser accequible á los menos avisados en repulgos de lenguaje—lo que consigue con éxito el autor—no por eso deja de correr en ella un estilo elevado y de apre- ciarse entre sus líneas sana conciencia literaria.

El folleto, compuesto de 120 páginas—todas leibles—é im- preso cuidadosamente en el popular establecimiento tipográfico de *La Lucha*, despierta vivísimo interés desde sus primeras páginas, por el ameno matiz de novedad que le imprime San- tosvilla, al barajar con los hechos efectivos de aquel crimen horrendo, exquisitos fantaseos de novela y observaciones exac- tas é importantes que afectan á nuestra sociedad y á los más altos poderes públicos.

Bien sabe nuestro deseo todo lo que se nos ocurre y qui- siéramos decir de obra tan oportuna é interesante, pero quere- mos dejar la tarea de un análisis más ámplio á quien nos lo ha pedido para el número próximo.

Por nuestra parte, felicitamos expresivamente á Santos Villa, por las pruebas de talento que riega en su folleto y por el triun- fo que ha alcanzado en la opinión; á la vez que le agradecemos los ejemplares con que bondadosamente nos ha favorecido.

HUMORADAS.

Hallar un consonante; he aquí lo que pretende todo amante.

El hombre es un vecino, y el destino quiere que nos burlemos del vecino.

Nos dice la experiencia que es un gran enemigo la conciencia.

Me he vuelto tan ateo, que si niegas á Dios ¡no te lo creo!

Yo, después de estudiar, sólo he aprendido que ha sido para mí tiempo perdido.

De las vírgenes eres la primera, porque tú no eres virgen de madera.

(1889.)

WENCESLAO GÁLVEZ.

EL CARNAVAL.

En hirviente y confusa algarabía,
Relámpago de fiebre y de locura,
Tras el disfraz de la careta oscura,
¿Quién sabe lo que esconde la alegría?

¡No me asustas; la torpe hipocresía
Sólo es temible si constante dura;
De un tafetán envuelto en la clausura
Vive tan sólo lo que vive un día!

¡Reid! ¡Gritad sin límites ni tasa,
Bajo los pliegues de ondulante seda!
¡Gozad, ilusos, vuestra dicha escasa!

Ninguno luego arrepentirse pueda;
Que es mucho más terrible que el que pasa
El Carnaval eterno que se queda!

A. F. G.

DESDE MI BOUDOIR.

Llegué al baile desde muy temprano, porque no quería perder ni una nota de aquel hermoso concierto de buen humor.

Yo estaba contentísima aquella noche. Vaya V. á saber porqué. Tenía ganas de dar careta alguna vez en mi vida, y la ocasión no podía ser más propicia. Me disfrazaría, me burlaría de los demás, diría verdades dulces y amargas, me desquitaría de todo el tiempo que he permanecido silenciosa en los bailes y salones.

Cuando me vi metida en aquel dominó, negro como el infierno, me sobrecogí de terror. Me arranqué de pronto la careta y fuí al espejo para convencerme de que era yo misma. Luego solté una carcajada estrepitosa como riéndome de mi inocencia que llegaba hasta inspirarme miedo mi propio disfraz.

El *Círculo Habanero* estaba iluminado espléndidamente. Fornaris, ahito de bailes, estaba arrinconado en un ángulo del salón. Así debía estar siempre. *Perico* Armenteros lucía un *bic nic* monísimo; daban ganas de comérselo. Miguel González, con cara de aburrido, se paseaba entre la multitud como un filósofo que observa, aunque presumo que no hay tales filosofías ni tales observaciones; es un veterano del buen humor, á quien ha sujetado en el camino la neurosis, esa enfermedad que ataca y consume los cuerpos de artistas. A las doce, la Directiva del *Círculo*, satisfecha de su obra, se fué á dormir á pierna suelta.

Yo me agarré del brazo de Enrique José Varona y no lo solté en toda la noche. Me gusta la compañía de los filósofos como le huyo á la de los poetas. Odio á los que hacen versos porque siempre están hablando de su última producción. Con los escritores en prosa se puede estar seguro de que no nos recitarán sus artículos, aunque hay algunos como Nápoles, que nos suelen espetar á boca de jarro sus crónicas abortivas ó *sportivas*. Con Varona me las dí en grande.

—Te conozco como á mis manos—le decía yo.

—No lo creo. Si me conocieras no andarías conmigo.

—¿Por qué?

—Porque las máscaras huyen de los hombres que no bailan. Además, tengo la seguridad de que estás conmigo lo mismo que estarás con otro. Las mujeres son así, no me extraña eso. Se dejan llevar por la casualidad; sus aventuras son hijas de la osadía del hombre. Suelen amar alguna vez cuando se las desdenna, más por soberbia que por sentimiento. Se ríen de los amantes rendidos, como te reirás tú de este sermón perdido.

—Pero hay mujeres buenas.

—No lo dudo; aunque creo que son pocas, como los hombres honrados y las máscaras graciosas.

Toda la alegría de la noche se me fué á los piés. Enrique José me acababa de echar un jarro de agua fría. Todo estaba bien: el desamor de las mujeres, su indiferencia, su perfidia, su soberbia; pero eso de la escasez de máscaras graciosas me llegó á lo vivo. Yo que creía que estaba llamando la atención...

Todas mis ilusiones se habían desgranado en un momento y ahora rodaban por el suelo. Decididamente no volvería á recobrar la alegría en toda la noche.

Mi compañero lo había comprendido y quiso desenojarme.

—¿Estás triste?—me dijo.

—Sí, tus palabras me han indignado.

—Consuélate, que otras cosas te indignarán más todavía. Vamos al salón.

Entramos en la platea y nos confundimos entre el grupo de bailarines.

—¿Ves aquella máscara? Es Consuelo. Se ha disfrazado para no bailar con Alfredo. Dice que Alfredo, aunque es su novio, no sirve para eso.

—¿Y qué es eso?

—Ella sabrá. Aquel otro es Ricardo. Lleva luto en el alma por la muerte de su esposa; pero este danzón es tan tentador...

El cornetín estremecía el teatro con su estridente ruido. Los timbales redoblaban con furor. Los bailarines se movían sofocados como por una convulsión de honesta lascivia.

La verdad es que el baile no podía estar mejor. Muchas mujeres hermosas paseaban su belleza con aire de reinas, de reinas sin *corona*. Lo que yo creía comedia se iba convirtiendo en drama.

Tropezamos con un joven alicaído. Iba solo. Llevaba los zapatos rotos y el sombrero de color de ala de cucaracha. Con ese atalaje ¿quién iba á cargar con él? Lo llamamos y nos miró con aire displicente.

—Eres muy orgulloso—le dije.

—Te equivocas. La orgullosa eres tú—me contestó—que quieres darte tono, hablando conmigo.

—Y tú ¿quién eres?

—Un mirón.

—¡Mentira!—le dijo Enrique José.

Temí que el drama se trocara en tragedia.

El joven de ala de cucaracha lo miró con altivez.

—¡Eres un farsante!—le volvió á decir Varona.

Yo temblaba de miedo. Y con razón. Presentía la catástrofe. El joven se avalanzó sobre él. Escuché el ruido de una bofetada y caí presa de un desmayo.

Cuando volví en mí, me enteré de todo. Mi compañero era un conocido joven que había disfrazado su fisonomía imitando la de Enrique José Varona, y el joven ofensor era un redactor de *La Mosca brava*, revista que está para publicarse de un día á otro. La tragedia terminó en sainete.

Me retiré á casa muy triste. Había ido por lana y salía trasquilada. La primera vez que daba broma salía *embromada*.

Juré no disfrazarme... hasta el año que viene, porque, después de todo, la cosa es divertida.

No se cabía el domingo en la *Caridad del Cerro*. Yo no pude asistir al baile de *Piñata* de la aristocrática Sociedad, porque la guasa de la noche anterior me había dejado sin fuerzas. Todavía me siento desfallecida y hace ocho días...

Los *carnets*—regalo de Zéndegui—con que fueron obsequiadas las señoritas, llevaban dos hojitas en blanco, que sirvieron de *Album*, en que cada amigo escribía un pensamiento, recuerdo del baile. Los poetas en activo servicio hicieron el gasto.

Ha llegado á mi poder este breve *Album* de una de las concurrentes:

«El último cedazo es una puñalada alevosa.»

Juan M. Ferrer.

«La verdad ante todo. Oye una confesión ingénuo. Huye de mí, porque soy un hombre peligroso...»

Zerep.

«Me tienes chillado. Como que eres de la Habana... elegante.»

Enrique Hernández.

«He atacado el danzón; pero no el danzón que se baila en Carnaval. Este lo estaría bailando toda la vida.»

Benjamín de Céspedes.

«Cuántas cosas te diría,
si supiera escribir.»

Nápoles Fajardo.

(Nieto de «El Cucalambé.»)

«A pesar de mis ciento y pico, ya quisiera Valdivia poder echar un cedacito como yo.»

José Fornaris.

«¡Oh, si yo hubiera traído mi flus de serpiente, cómo estaría usted á esta hora!»

C. Cíaño.

Ahora en serio. Este baile ha sido el mejor de cuantos se han efectuado en nuestras sociedades.

¿Quiéren VV. algunos nombres? Ahí van unos cuantos de los infinitos que podría citar.

María Calvo, Ernestina Oliva, las Martínez, Cubas, Portela, Pérez Ricart, Saladrigas, Langwitch, Machado, Rodríguez Navarrete, García Tejada, Cabello, Baralt, Fernández Criado, Ponce de León, Garrich, Montalvo, Arango, Alvarez de la Campa, Azcárate, Nena Carbonell, Mamie Betancourt, Aurelia Valladares, Carmela Ubeda y María Cay.

Y después de comunicar á mis lectoras la llegada del general Salamanca—por si no se hubieren enterado todavía—les doy cita para el lunes en la morada del Conde de Ibáñez, y para el martes en la del Conde de Fernandina, pues en tales noches se festejarán espléndidamente los días de las dos bellas Josefinas, que son la alegría y el encanto de aquellos salones.

Reciban mi felicitación anticipada.

MLLE. NITOCHE.

NUESTRAS AGTRIGES.



Sra. Doña Francisca Garmona.

LA REINA.

Zéndegui, el simpático fotógrafo tan conocido y popular, nos dice, con la amabilidad que le caracteriza, que en breve tendrá el gusto de sacar el grupo de nuestra redacción. El gusto será para nosotros querido amigo, o no; el gusto será para el público que una vez más podrá solazarse ante uno de esos trabajos que tanta fama le han conquistado. ¡Bravo por Zéndegui!

La Sociedad Moderna no dá punto de reposo á sus agentes del extranjero, pues los tiene en continuo ir y venir, de almacén en almacén, en busca de las últimas novedades, y hé aquí por qué el establecimiento de Selma y Arriaza puede vanagloriarse de tener siempre contentos á sus numerosos favorecedores. Cada quincena anuncia al público un nuevo surtido... y como se comprenderá, por no faltar á la costumbre, en ésta anuncia unos magníficos casimires que tienen que ver! La Sociedad Moderna, Obispo 85.

M. Carral continúa haciendo pasteles exquisitos, cada vez más exquisitos, y siendo la delicia de los estómagos delicados, y como presumo que el de mi lector se encuentra en ese número, no vacilo en recomendarle que se dé un paseito por la calle del Obispo, y entre de pasada en la antigua y acreditada pastelería que fué de Blazi, aquel simpático francés, sacado de una opereta de Hoffembach.

Y al par que todo adelanta, que se reforma el teléfono, que se descubre el fonógrafo, que se establece la luz eléctrica como alumbrado público, La Sociedad de Fargas adelanta, camino de la gloria y se ensancha más cada día y aumenta su parroquia, sus agentes, se desviven en busca de novedades y causa la admiración de:

propios y estraños
con sus buenas camisas
y con sus paños.

La Casa Grande, establecimiento de ropa situado como sabe todo el mundo en la Calzada de Galeano, es poco grande ya, á pesar de serlo mucho, para dar cabida á las hermosas damas que diariamente

la visitan, atraídas por las novedades de sus telas preciosas... y baratas. En el paseo de Carnaval, La Casa Grande ha lucido un hermoso carro alusivo.

El Palacio de Cristal es hoy la peletería que calza á nuestros elegantes y que sabe mejor donde les aprieta el zapato, pues comprendiendo la calamitosa situación del país, ha sabido hermanar la elegancia con la baratez, de modo que ya no teneis que someter á un problema esa necesidad del calzado; se va uno al Palacio de Cristal, y problema resuelto. Galeano esquina á San Miguel.

Cayetano Fraga, á quien llamábamos en el número anterior, rey de la tijera y al que hoy concedemos un talento mercantil colosal, anuncia trajes completos de excelentes telas, y de una modicidad tal, que raya en lo imposible. Y cuando lo dice Fraga hay que creerlo. Al Centro Comercial, pues, Dragones esquina á Zulueta, ó vice versa, que por todos lados se va á Roma, es decir, á casa de Cayetano.

Mi sastré, señores,
es el chino Inclán,
el sastré más cuco
que el mundo verá;
que tiene una gracia
y tiene una sal
que ni el mar sañado
¡y olé ya!

Haced una visita á su sastrería, calle de San Rafael número 10 y me dareis la razón.

¡Hola! ¡Hola! Acabo de saber en este momento que me ha caído el premio gordo de la Lotería que se jugaba en estos momentos y mi primera determinación ha sido encargarle á Regato y Pardo, dos sastres de primer orden, tres fluses, una docena de pantalones y otra de chaques, porque para estas cosas

Pardo y Regato,
que visten bonito
y además barato.

¿Quién no conoce LA REINA, Obispo 81½, la casa de las últimas novedades en el ramo de camisería?